



Robo con historia

Dos mapamundis, que formaban parte de sendos ejemplares de la edición de 1482 de «Cosmografía» de Ptolomeo, fueron robados ayer de la Biblioteca Nacional. (Pág. 59)



Nowak, al juzgado

Lisa Nowak, la ex astronauta de la NASA, culpable de agredir a una compañera presa de los celos, testificó ayer ante el juez por primera vez. (Pág. 61)



Aunque Ingvar Kamrad, el fundador de la empresa, vive en Suiza, vuelve a casa por Navidad todos los años para estrechar la mano de sus empleados

Un viaje a las entrañas de Ikea

El corazón de la empresa está en el pueblo de su fundador, el octogenario Ingvar Kamrad

María S. Robles -Madrid

La verdadera república independiente de Ikea no se encuentra en cada una de sus casas, como recita el anuncio, sino en una pequeña localidad de Suecia que se llama Älmhult, situada en la región de Smaland. Allí es donde habita el cerebro amarillo y azul de la gigantesca marca de muebles e ideas, pues la multinacional no se limita a crear tresillos en cadena. Existe un lugar del mundo, a medio camino entre el Polo Norte y Nápoles, donde hace más de medio siglo se conjugaron ciertos elementos que dieron como

resultado el carácter y la genialidad del hombre que creó Ikea. Se llama Ingvar Kamrad y sigue vivo. Tiene 81 años y, aunque ya no se pasea por las oficinas del corazón de Ikea, aún se reúne cada Navidad con sus cientos de empleados en Älmhult, su pueblo natal. Cuentan que los convoca a todos en los almacenes de la empresa y da la bienvenida a la nueva plantilla, mientras que saluda efusivamente a aquellos que llevan tirando de sus riendas desde los tiempos en que ni el diseño ni el logo de la marca se parecían a los de ahora.

Henrik Tunéer es de Estocolmo, tiene 38 años y dos hijos. Acaba de dejar la gran ciudad, una de las urbes

más encantadoras de Europa, por Älmhult. Atrás se quedaron teatros, cines y restaurantes. Todas las comodidades y un estilo de vida totalmente diferente al de este recóndito pueblo. Lo mismo hizo Evi Tromborg hace tres años, cuando Indonesia se le quedó pequeño y decidió cambiarlo por un pedazo de tierra sueca, verde y fresca.

Mónica y David son otros dos ejemplos de lo mismo: Madrid por Älmhult fue el trueque en esta ocasión o «el caos por la tranquilidad», como le gusta decir a la pareja. ¿Qué tiene esta localidad que encandila a personas de tan diversas procedencias? Pues, según datos de la municipalidad, cada año se muda a Älmhult

aproximadamente 800 personas, que se suman a una población de más de 8.000 habitantes. La explicación, muy probablemente, debamos buscarla en el fenómeno de Ikea.

Un pueblo de madera

Llega un día en las vidas de esos trabajadores —creativos, fotógrafos, periodistas— en que les llueve una oferta laboral sin precedentes. El destino: un pueblo de madera, que pasaría por el de Pippi Calzaslargas en sus mejores capítulos. Garantías: todas. Porcentaje de riesgo: indeterminado. El idioma, el clima, las pocas horas de luz en el invierno, son algunos de los factores que los em-



2.000 personas van y vienen todos los días) y, según datos del ayuntamiento, donde residen los más sanos de todo el norte de Europa. Lo cierto es que esto, después de un paseo por sus calles en pleno mes de julio, se puede cifrar de verdad absoluta. La calma chicha en Almhult en verano no es como la de Marruecos a las tres de la tarde, pues no reina la pereza y el aire no es plomizo. Por eso, sus habitantes, sedientos de sol y calle, salen en bici a dar paseos o a bañarse en el lago, donde se encuentran algunas casas de verano. Es probable que se estén preguntando, ¿por qué viajeros de todas partes del mundo recalán en un sitio como Almhult?

Una ONU en miniatura

La respuesta es bien sencilla. Es, además, la misma que se puede dar a casi todas las preguntas que podemos hacernos sobre Almhult. ¿Por qué las viviendas son más caras aquí? ¿Por qué la localidad es una especie de ONU en miniatura? Pues, básicamente, debido a la influyente presencia de Ikea. Ésta es también una de las razones por la que los turistas se deciden a hacer una parada en el legendario pueblo. Aproximadamente, unas 600.000 personas visitan cada año el condado, en el que, uno de sus principales atractivos es la primera tienda de Ikea que se abrió en todo el mundo. Y, por supuesto, el museo de la empresa, que muestra muebles desde la década de los cincuenta.

Para Marre Moerel, diseñadora industrial nacida en Holanda pero afincada en nuestro país, «Ikea es dios». Se atreve incluso a decir que «lo mejor que le ha pasado a los españoles es descubrir que los salones no tienen por qué ser tan uniformes». La diseñadora confiesa que viene de una «cultura nórdica en la que, por el clima, la gente pasa mucho tiempo en casa y cuida mucho más el mobiliario o la iluminación que quiere tener en su hogar». Este comentario es revelador para entender cuál es la filosofía de vida de los suecos, y, en especial, de los que viven en Almhult. La mayoría de los habitantes del pueblo, cuya eco-

Almhult registra el mayor número de empleados de Suecia, los más sanos de todo el Norte de Europa

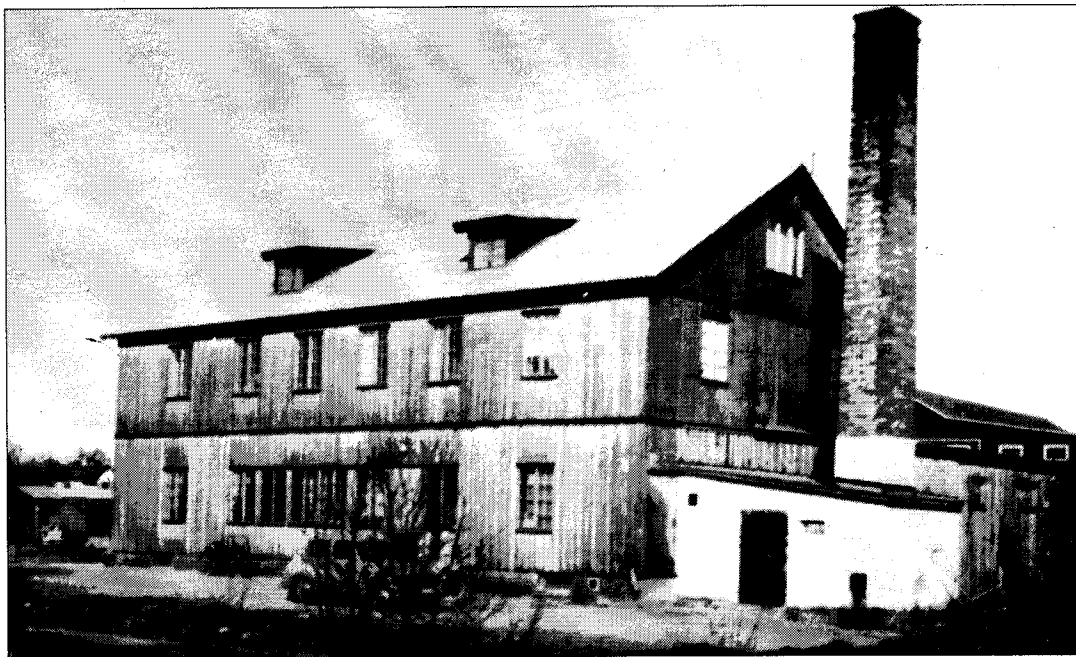


pleados venidos de todo el mundo —Inglaterra, Alemania, Italia, India, Tailandia, China, Estados Unidos, Australia, Uruguay— han de poner sobre la balanza y sopesar.

Aunque les parezca mentira, o de cuento, mejor dicho, todavía quedan lugares en el mundo en los que a las puertas no se les echa el cerrojo y los buzones ni siquiera disponen de candado. Así es Almhult, un pueblo donde la densidad demográfica es muy baja, pese a que es el condado que registra el mayor número de empleados de Suecia (alrededor de

nomía hace años era principalmente agrícola y maderera (y no especialmente boyante), viven en la actualidad gracias a Ikea. Directa o indirectamente, la «CPU» de la compañía nutre de salidas laborales a quienes residen a sus alrededores, que se benefician de sus ventajas. Así, en la arquitectura de Almhult los elementos «ikeanos» se pueden ver por todas partes y, a través de los cristales de las ventanas, se aprecian las típicas atmósferas que la tienda recrea en sus naves. Los salones salpicados de lamparitas de mesa, los cojines nórdicos, las tazas de café.

El antes y el después de una superempresa



No es ninguna leyenda que la fortuna del fundador de Ikea supera a la de Bill Gates, lo que situaría a Ingvar Kamprad en el número uno de los hombres más ricos del planeta. Tildado de alcohólico, Kamprad empezó vendiendo cerillas, como aquel personaje del cuento infantil. Más tarde se pasó a la venta de pescado, adornos de Navidad, semillas, bolígrafos y lápices, para convertirse en un linde de la decoración. Tal fue su afán en este ámbito que llegó a «redecorar» su propio pueblo, Almhult, cuya transformación se puede apreciar en las imágenes (arriba, la primera tienda de Ikea

abierta al público inaugurada en 1953 y, abajo, el entramado que ocupa actualmente). Si bien el dueño de Ikea lo tiene todo para convertirse en uno de esos ricos excéntricos que arramblan con el minibar de los hoteles y despierta de madrugada al personal para pedir algún producto de lo más sofisticado, su extravagancia va por otros derroteros. Lo llaman tacaño, ahorrador, agarrado, pesetero. Los trabajadores, cuenta David, empleado de Ikea Comunicaciones, bromean con la fama del «jefe de todo esto» cuando se reúnen en una sala que está siempre helada. «La llamamos el salón Kamprad, porque

ahorran en calefacción». Y lo cierto es que no se permite ningún lujo. Es la filosofía de la empresa, que aboga por la construcción propia para reducir costes. Así es que Kamprad, que comenzó a trabajar desde los 17 años aunque ahora está retirado y vive en Suiza, por aquello del paraíso fiscal, es conocido por sus hábitos frugales como volar en clase económica y alojarse en hoteles de categoría media. Coge el metro para desplazarse y, cuando conduce, lo hace en su Volvo de 18 años. Con tanta austeridad, no sabremos a qué destinará su riqueza de quitar el hipo, la friolera de 47.000 millones de dólares.

Todo «made in Almhult». Hasta en el camping del pueblo las bandejas del restaurante llevan la marca Ikea.

El viaje a las entrañas de Ikea demuestra que su filosofía impera en la región. Cada casa es una república independiente en la que no falta de nada para disfrutar de la vida hogareña.

Barra libre de desayunos

Las propias oficinas de Icom o Ikea Comunicaciones son un claro ejemplo del «concepto» que desde el embrión de la empresa se exporta a todo el mundo. La idea es disfrutar de la

estancia de trabajo, y que ésta se parezca lo menos posible a una oscura oficina en la que pasar el día. En julio casi toda la plantilla está de vacaciones, por lo que nos permiten colarnos en el edificio. Nada más entrar está la sala de descanso, llena de mesas y sofás de colores. Es tan amplia que la sensación de bienestar es inmediata. Una de las paredes cercana a la cocina, donde por las mañanas hay barra libre de desayunos y por la tarde fruta fresca, está empapelada con las fotos de todos y cada uno de los empleados. Allí trabaja como

creativo David, que se ha mudado recientemente con su esposa, Mónica, quienes están muy contentos con la decisión que han tomado. Son conscientes de que la vida que tendrán será diferente, pero no están solos. «Almhult es como una gran familia. Los que venimos de fuera nos conocemos gracias al centro de actividades de Ikea y formamos un grupo muy heterogéneo. La primera vez que quedamos, acabamos bailando en el salón de mi casa al estilo etíope, español, chileno, hindú...», cuenta Mónica, entre risas.